Cristiano Berti

Herederos Boggiano

Quodlibet

Cristiano Berti

Herederos Boggiano

seguido de una conversación
con Seph Rodney

Quodlibet

Proyecto realizado gracias al apoyo
de la Dirección General Creatividad Contemporánea del Ministerio de la Cultura
italiano en el ámbito del programa Italian Council (2021)

Promovido por Altroquale ets
En colaboración con la Academia de Bellas Artes de Macerata

Traducción de María Teresa D'Meza Pérez y Rodrigo Molina-Zavalía

© 2023 Quodlibet srl
Macerata, via Giuseppe e Bartolomeo Mozzi, 23
www.quodlibet.it

ISBN 978-88-229-2066-9

ÍNDICE

Herederos Boggiano

1 11
2 25
3 37
4 43
5 51
6 57
7 67
8 77
9 89
10 99
11 115
12 125

Notas 135

Nota introductoria (137); Notas a los capítulos: 1 (141); 2 (149); 3 (159); 4 (165); 5 (174); 6 (182); 7 (191); 8 (195); 9 (203); 10 (209); 11 (220); 12 (227)

Más allá de los nombres, las historias 233
Conversación con Seph Rodney

Agradecimientos 247

Índice onomástico 249

MÁS ALLÁ DE LOS NOMBRES, LAS HISTORIAS

CONVERSACIÓN CON SEPH RODNEY

SEPH RODNEY Creo que sabes que soy jamaicano, lo que quizá no sepas es que no estoy seguro del origen de mi apellido. Aunque tengo una pista. En una ocasión en que había regresado a Jamaica para visitar a mi madre y mientras conducía por las calles de Spanish Town vi una gran estatua dentro de un templete en una pequeña plaza. El nombre del almirante británico Rodney estaba grabado en la base de la estatua. Así que me hice a la idea de que algunos de los miembros de mi familia alguna vez fueron propiedad de la familia Rodney. Tal vez no había ocurrido nada así de terrible. No tengo ninguna certeza. Quizás en algún lugar de mi historia familiar hubo algún matrimonio mixto legítimo. Nunca he prestado verdadera atención a la ascendencia familiar.

Pero lo que mi apellido indica es que, de alguna manera, soy un hijo del imperio, de la colonización. Nunca había pensado en mí mismo en estos términos.

CRISTIANO BERTI Los apellidos son como hormigas de la historia, laboriosos porteadores que cargan significados sobre sus espaldas, y revelan muchas cosas si dirigimos nuestra mirada hacia ellos. Durante las investigaciones realizadas para este libro consulté los asientos del estado civil napoleónico de la ciudad de Savona. Encontré allí una infinidad de Venturino, o sea de expósitos a los que se les dio este apellido de buen augurio: en mi idioma "ventura" es como decir "fortuna" (pariente cercano de este apellido es Buonaventura). El significado era el siguiente: como no tienes padres que te protejan, la Fortuna lo hará. O algo así. No daré otros ejemplos de los apellidos que se daban a los infantes abandonados, hay infinidad de ellos. El nacimiento ilegítimo, por fuera del matrimonio, siempre ha sido algo muy extendido. Pero también era una marca, el estigma del "bastardo".

Incluso en mi país hay quienes llevan un apellido importante, que perteneció a duques y barones, o a casas reales. ¿Y quién puede decir si no son los descendientes de los siervos de aquellos grandes señores? Entonces, es solo una cuestión de profundidad de campo, para usar un término de la fotografía. En el Caribe algunos apellidos altisonantes, los ilustres apellidos, como los llama María del Carmen Barcia, son más fáciles de interpretar porque tienen una impronta reciente.

Ahora bien, esta proximidad en el tiempo también puede tener consecuencias desagradables, no lo niego, y dar lugar a justas reivindicaciones. Pero mientras que para saber algo sobre un siervo de la gleba tenemos que hurgar en los trozos de vasijas en el fondo de un pozo, la historia de la esclavitud moderna nos ofrece la extraordinaria oportunidad de descubrir cómo algunas personas hábiles y valientes, a veces incluso afortunadas o astutas, fueron capaces de cambiar sus vidas para mejor.

RODNEY Me gusta mucho la locución «profundidad de campo». Para quienes tenemos estos apellidos famosos es realmente difícil saber si descendemos de la clase de los trabajadores-obreros, o de la familia rica y poderosa. Pero, en cierto sentido, esto no tiene importancia en los Estados Unidos. Quiero decir, importa y no importa. Aquí, a menudo, somos el resultado de la autoinvención. Pienso en aquel episodio de la serie de televisión *Mad Men*, sobre la agencia de publicidad de Madison Avenue que influenció a toda una generación de personas convirtiéndolas en consumidores, sin importar qué habían sido antes (¿trabajadores?, ¿ciudadanos?). En la escena en la que uno de los protagonistas principales, Don Draper, es representado como un joven que combate en la guerra de Corea, vemos a su oficial superior asesinado por fuego enemigo, y Draper aprovecha la oportunidad para quedarse con su insignia militar, la placa de identificación, en definitiva con su identidad, para

garantizarse, una vez de regreso en los Estados Unidos, el capital social necesario para iniciar una nueva vida. Es al mismo tiempo afortunado y astuto. Como vivo y crecí en un contexto de autoinvención venal e imparable, esta actitud me ha contagiado. No me importa demasiado si mis ancestros fueron esclavos. La historia que se contará sobre mí será principalmente la historia que yo quiero que se cuente, la historia que he creado para mí mismo.

Dicho esto, la cuestión de la «profundidad de campo» es algo distinto, porque opone el espectador al productor de la imagen. El productor de la imagen, digamos el colonizador, decide crear las personas a su imagen. Es el movimiento del dios de Abraham: hacer una cosa y luego decir que ese era el único modo en que podía hacerse. Pero quienes observan lo sucedido, ven que podrían haberse tomado muchas otras decisiones. ¿Qué otros nombres podría habérsele dado al grupo de sirvientes domésticos del *paterfamilias*? Nombrar es una elección crucial. Llamar por su nombre nos da un poder, el poder de llamar la atención de alguien, de ubicarlo cuidadosamente en documentos históricos, de identificarlo para nuestra conveniencia y la de los demás.

BERTI En las colonias españolas todo esclavo debía ser bautizado. En esa ocasión, la mujer o el hombre africano adquirían un nuevo nombre, cristiano, escogido por el amo. Muy a menudo eran nombres ligados a la Virgen María o a los santos, pero, teniendo que diversificarlos, muchas veces se les daban algunos no inspirados en figuras devocionales, o incluso extravagantes. El nombre cristiano tenía un carácter permanente: la autoridad de la Iglesia no podía ser cuestionada por prácticas comerciales. El apellido, en cambio, era como un sello de propiedad, en general cambiaba cuando se cambiaba de dueño. Sin embargo, desde los tiempos de la esclavitud hubo formas de resistencia a este inescrupuloso uso del apellido, reapropiaciones de las que

también he encontrado ejemplos interesantes. En las primeras décadas tras la abolición de la esclavitud, se mantuvo el uso de nombres propios cristianos por tradición familiar, pero a partir del siglo xx se comenzaron a usar nombres profanos. No me parece que este proceso haya tenido que ver con el recuerdo de la opresión sufrida, es un hecho común, que ha sucedido por todas partes en los países de fe cristiana. Durante mi investigación no me he topado con la reapropiación de nombres propios africanos, pero otros han encontrado documentos de finales del siglo XIX que atestiguan esta interesantísima recuperación de la identidad.

RODNEY Abjuré del nombre de mi padre. Me había llamado, como él, Joseph. Odiaba ese nombre. En los Estados Unidos siempre se abreviaba como Joe. Yo no soy un Joe. Tampoco tengo nada que ver con mi padre, por lo que ponerme otro nombre (cuando tenía treinta años) fue probablemente el acto de una toma de conciencia definitiva. Tomé mi nombre intermedio y me convertí en Seph. ¿Existía esta posibilidad en la historia que contaste? Supongo que no. Imagino que para aquellas personas llenas de esperanzas y aspiraciones, acercarse al bienestar a través de un nombre ya era de por sí deseable. Al reflexionar sobre la profundidad de campo (y lo sé muy bien, ya que durante un tiempo fui fotógrafo), pienso en lo que está y en lo que no está enfocado, en lo que se puede leer o no leer en tu libro.

BERTI Creo que toda familia tiene en su seno, en algún lugar del pasado cercano o lejano, a alguien que tenía un nombre determinado en su documento de identidad, pero era conocido de otra manera. En mi lado materno hay varios ejemplos de ello. Entre otras cosas, es difícil encontrar una forma más sutil y tenaz de rebelión contra la autoridad paterna que esta. La ambigüedad del nombre es también un típico ejemplo de la

distorsión que nos pueden ofrecer los documentos históricos. Los documentos administrativos del pasado suelen ser escasos, restringidos a los producidos por las autoridades religiosas, y pueden devolvernos un nombre propio diferente al que comúnmente se usaba para reconocer a una persona, no solo en el ámbito familiar, sino por todo el mundo en la comunidad de la que formaba parte. A veces queda un rastro de elecciones que deben ser todas interpretadas. También le sucede al pseudoprotagonista del libro, que dejó de usar su primer nombre de pila, similar al de su padre, para usar el que recibió de la madrina de bautismo. A partir de esta elección de Antonio Boggiano, así como a partir del nombre que quiso darle a su primogénito, se podría especular acerca de la relación que tuvo con la figura paterna.

En los países de cultura hispánica, la ausencia del segundo apellido fue siempre en sí misma una señal de nacimiento ilegítimo. En Cuba, durante algunas décadas después de la abolición de la esclavitud, se convirtió al mismo tiempo en un signo de una incómoda proximidad a ese mundo. En raros casos sucedió que el acrónimo de la indicación «sin otro apellido» pasó a ser el apellido Soa. He encontrado huellas del empeño que pusieron algunos Boggiano negros para escapar de esta trampa simbólica, pero me he quedado con la sensación de una exploración que podría haber continuado, que ha quedado inconclusa. El hecho es que nada puede restaurar plenamente la complejidad de estos recorridos de vida. Los instrumentos de la investigación histórica no son muy precisos, cuando se trata de las clases más pobres, y corren el riesgo de mezclarlo todo en exiguas generalizaciones.

RODNEY En los Estados Unidos, el uso de nombres propios africanos ha sido una práctica bastante común para mi generación y las siguientes. He conocido personas u oído acerca de ellas cuyos nombres deberían haberlos reconectado con el

continente africano, aunque ni ellos ni sus padres nacieron allí. He oído nombres como Sadika y Ncoolie, y siempre he pensado que esta costumbre era ridícula, ya que parecía provenir de una visión mitológica del continente africano. Ahora creo que entiendo mejor sus razones. Creo que las personas que quieren afirmar que son dueñas de sí mismas a menudo expresan este deseo cambiando su nombre. Es un acto que se relaciona mucho más con la autodeterminación, la plena realización de los propios deseos, que con la rebeldía, al menos en mi caso es así.

Hay otro aspecto de este asunto de los nombres. Ha habido mucho debate académico en los Estados Unidos sobre la noción de «cancelación» o «estar sometido a la cancelación». La atribución obligatoria o recomendada de un nombre cristiano a la persona esclavizada tiene como consecuencia, en cierto modo, la cancelación de la propia herencia cultural. La desarraiga y la coloca en un nuevo terreno para que crezca, y sí, todavía podrá desarrollarse y florecer, pero queda el pensamiento de cómo podría haberlo hecho si se hubiera quedado donde estaba originariamente. Quizás haya una manera de ver la historia de los Boggiano también como una forma de resistencia a la cancelación, quizás incluso para aquellos que han vuelto a llamarse Boggiano porque ese nombre tenía una historia que lo hacía importante y cargado de significado. Me pregunto si los exponentes de las clases más pobres querían un apellido de algún peso, para compensar ese sentimiento o miedo de ser demasiado ligeros, de ser de tan poca sustancia que un día el viento podría llevárselos.

Creo que es importante prestar atención al apellido como medio para reconstruir la ascendencia de alguien. Un día me dijeron que el mero hecho de que mi familia hubiera sobrevivido hasta que yo pudiera escribir esto ya era un gran logro, teniendo en cuenta la gran cantidad de linajes extintos. No sé si eso es cierto, pero tiene toda la apariencia de serlo. No me

interesan las personas individuales que componen mi árbol genealógico, sino que me gustaría saber cómo el apellido se desplazó, viajó, dónde se originó y cómo llegó hasta mí.

BERTI En las últimas décadas, el proceso de apropiación de nombres ajenos a la tradición cristiana también se ha difundido mucho entre los Boggiano, especialmente en aquellos que se quedaron en Trinidad. Los resultados de este proceso también podrían entenderse como una forma de reapropiación, pero confieso que no he estudiado lo suficiente el tema para poder decir más. La reapropiación del nombre a la que me he referido antes era, sin embargo, otro tipo de acción, es decir, la restauración del nombre que una determinada persona tenía en África, antes de sufrir la deportación hacia América.

Esta charla sobre nombres me ha recordado una canción de Nina Simone, *Four Women*. Probablemente la asociación de pensamientos se deba a los nombres-emblema que cierran las estrofas, pero no es de esto de lo que quiero hablar. De hecho, esta canción me parece un buen ejemplo de lo que el arte puede hacer como medio de conocimiento. Intento decir que si alguien nos preguntara por la condición de la mujer negra en el pasado, tendríamos mucho más en qué pensar después de escuchar atentamente *Four Women*, que leyendo cualquier ensayo histórico sobre el tema. Me voy a atrever a dar una definición rápida, a riesgo de parecer tosco: el arte es dar sentido a las cosas, a la existencia, a través de lo que no se necesita. Agrego que, en función de mi experiencia, cuanto menos se necesita algo, cuanto mayor es el esfuerzo por darle forma, tanto más potencialmente se carga de sentido. Los medios y caminos elegidos pueden entonces variar según las sensibilidades y los temperamentos, pero esto es un aspecto secundario.

Desde hace algunos años, concibo el Caribe como una especie de laboratorio al aire libre, un lugar que predice el futuro. El mío no es un pensamiento especialmente original, hay pen-

sadores de relevancia que han teorizado al respecto. El Caribe es también un lugar donde la historia acelera su pulso, un lugar de desapariciones repentinas e incertidumbres. Por eso en los últimos diez años he trabajado principalmente en temas caribeños, primero en Martinica con *Ma belle ka di* y luego en Cuba.

¿Qué piensas del Caribe? Has vivido en Nueva York durante mucho tiempo y, por tanto, puedes verlo desde dentro y desde fuera a la vez. Eso es algo que no puedo hacer y por ello me da curiosidad saber tu opinión.

RODNEY Solo conozco parcialmente el Caribe. Pasé mis primeros seis años en Jamaica y luego emigramos a Nueva York, más específicamente a la parte norte del Bronx. Solo he visitado Jamaica, Martinica y las Bahamas. Mi percepción del Caribe es confusa, como si algo se me escapara. Pero así es para todos.

El Caribe ha sido durante mucho tiempo, y para personas de diversa índole, un lugar de proyección psicológica. Algunos lo aprecian y mitifican pensando que es el lugar de las «raíces» o de la potestad indígena, que allí las personas están más cerca de su tierra y tienen una relación más auténtica, o al menos no tan conflictiva, con ella. Recuerdo que hace varios años escuché de un norteamericano de ascendencia europea que la gente en Jamaica tenía una mejor calidad de vida, sabía cómo "vivir mejor", y me pareció que estaba fantaseando mucho. Le dije que mucha gente en esa isla vive en condiciones de pobreza real, terrible, y que, a pesar de la belleza natural ese territorio todavía está expuesto a la precariedad económica, pero él se mantuvo en su idea.

Jamaica y las demás islas de la comunidad caribeña a menudo son vinculadas a los movimientos de base y a la lucha por la justicia social, tal como se hace con Bob Marley. Pero como cualquier otra cultura estratificada, Jamaica es más que una teología de la liberación, mucho más que música para bailar, mucho más que Marcus Garvey y Sam Sharpe, o que Treasure

Beach y Ocho Ríos. El Caribe es, entre otras cosas, el lugar donde el viejo mundo de los taínos y los arawaks se encontró con el nuevo mundo de los esclavos africanos y los conquistadores británicos, españoles y franceses. De estos encuentros nació un grupo de naciones híbridas, influenciadas por el colonialismo, pero generalmente orgullosas de sus variadas herencias culturales. Al observar esta región, el resto del mundo puede verificar de primera mano los esfuerzos que hacemos, cultural, política y nacionalmente, para desenredarnos de las telarañas del imperialismo.

Muchos en el mundo piensan en el Caribe como un espacio de placer, pero yo creo que es un espacio de trabajo. También creo que es un sitio en el cual no podría vivir. Puede que desconozca en gran medida los recursos disponibles en Jamaica, pero soy de la opinión de que en esa isla no podría hacer la vida que me he construido aquí en los Estados Unidos. Para decirlo con toda claridad: hay una falta de infraestructura cultural, no hay un interés suficiente en las artes visuales que alcance para sustentar mi tipo de crítica de arte y mi escritura. Puede que haya conocido el Caribe en un tiempo remoto, pero cuanto más alejado estoy de él, más me parece que no es para mí. Pero podría ser el sitio adecuado para aquellos que no quieren vivir dentro de los límites del imperio, que quieren algo que se adapte más a su propio tamaño, un espacio más dúctil.

BERTI Creo que entiendo lo que quieres decir. Incluso si hemos experimentado un lugar, esa experiencia solo puede ser subjetiva, por tanto parcial, y construiremos nuestra visión fantástica principalmente o solo sobre esa parte. Cuanto más se desarrolle esta experiencia nuestra dentro de los canales habilitados para el viajero extranjero en busca de distracción, tanto más fácilmente surgirá una visión estereotipada, que para las islas tropicales será la de un lugar de bellezas naturales y sonrisas. Pero el riesgo también está fuera del turismo, como bien has resumido.

Sin embargo, encuentro que el Caribe tiene características de dualidad particularmente intrigantes. Por ejemplo, desde el punto de vista de la geografía física, cada isla de las Antillas Menores podría dividirse en dos: el lado que da al océano está muy lejos de la imagen de postal del lado que da al Mar Caribe. Del lado del océano, la dulzura tropical cambia de aspecto, el mar es el verdadero enemigo, las montañas son duras, la gente a primera vista es más reservada y desconfiada, y en el fondo es normal que así sea. Pude hacerme una idea al respecto cuando viví durante un mes en la costa atlántica de Martinica, en la época de *Ma belle ka di*. Evidentemente, yo también he extraído de esa experiencia una visión parcial y cuestionable, aunque alejada de los estereotipos más consolidados.

El Caribe es un sitio de mestizajes, de cruces que vuelven difícil clasificar a las personas según su apariencia física. En muchos aspectos lo mismo ocurre en mi país: un puente tendido entre Europa y África, que durante milenios ha sido atravesado por poblaciones de todo el mundo, sembrando allí su composición genética. Por tanto, la península italiana siempre ha sido un terreno de encrucijadas, por ese motivo cualquiera que haga afirmaciones racistas en este país sería más que nunca un verdadero idiota. Pero obviamente, si bien la imposibilidad de afirmar la propia pureza o la "precedencia" debería ser una buena garantía contra ciertas distorsiones del pensamiento, Italia como el Caribe no está exenta de formas latentes de racismo.

Creo, sin embargo, que es precisamente esta ambigüedad extendida la que me fascina del Caribe. La imposibilidad de establecer qué relación existe entre Antoinette y Daniel Cosway en *Wide Sargasso Sea*, ciertamente, pero el discurso excede el tema de la ascendencia. La ambigüedad es un valor para mí. Una puerta que permite explorar la realidad experimentando el vértigo de quien avanza sin puntos de apoyo seguros.

Partiendo de este supuesto de investigación, la idea de realizar un libro de artista en forma de ensayo histórico tiene

en sí mismo algo de absurdo. La investigación histórica tiene como objetivo la interpretación del pasado sobre la base de la evidencia que se ha conservado y, naturalmente, tiende a reducir la ambigüedad para producir una explicación plausible. No obstante, este libro, como sabes, forma parte de una obra más amplia, que ofrece en otro sitio el espacio propicio para caminos erráticos. Es lo que sucede con *Pero está por ahí, ¿no?* que en su exploración-*dérive* recoge fragmentos de experiencias capaces de entrar en resonancia con la historia del cafetal Boggiano, desaparecido desde hace más de un siglo.

RODNEY La pregunta central de este libro y del proyecto artístico en su conjunto es qué hacer con lo que hemos recibido, ya sea que nos ocupemos del grupo de los Boggiano, de ti, escritor e intérprete de una determinada historia, de un relato detectivesco de carácter histórico y de la cultura italiana que enmarca su misterio, o de mí, heredero de un ambiguo e inquietante legado caribeño. Me he alejado mucho de ese legado originario, porque crecí en los Estados Unidos y me parecía más importante tratar de entender, extraer enseñanzas y después de todo criticar la cultura de mi país adoptivo.

Has buscado en el misterio de los Boggiano el material para un discurso más amplio sobre lo que es el Caribe. Me parece valioso que hayas revelado esta historia secreta de emprendimiento, viajes, explotación, esclavitud, ambición, mezcla de etnias y culturas, como búsqueda inagotable de la autodeterminación. Te preguntaste qué hacer con ella y respondiste como un investigador deseoso de darle a la historia una forma legible y comprensible para el público. Y también te preguntaste qué hacer con ella como artista, desentrañando hilos ocultos y curiosos de la historia de los Boggiano para verlos cargarse de sentidos en el plano de una acción creativa. Dijiste: «el arte es dar sentido a las cosas, a la existencia, a través de lo que no se necesita». Yo lo diría de un modo un poco diferente: el arte nos

ofrece sentido a través de la creación de objetos inútiles que en cambio están profundamente cargados de significado gracias a los actos de investigación, concepción y construcción que a ellos subyacen.

En *Romeo y Julieta* de Shakespeare, la hija de los Capuleto afirma una poderosa concepción acerca del amor, capaz de trastocar las historias y los deberes familiares. Ella cree que Romeo es mucho más que su nombre. Dice: «¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa / aún con otro nombre el mismo perfume mantendría / así Romeo, aunque Romeo nunca se llamase / conservaría esa preciosa perfección que posee». Sin embargo, ahora nos damos cuenta de que hay mucho más en un nombre de lo que hubiéramos pensado.